

*DE J. F. Lato*Vare & Flores - El Observador,
pag. 534 y sigto. - 7El Cacahuas hinchas por
m. P., cit por Villanueva
Vida de Sucre - 987.02.09241
5942
1884

TARQUI Y BERRUECOS.

663

J

Los amigos de Flores y los partidarios de Obando han contribuido eficazmente á enmarañar esta cuestión y sumpularla en una densa oscuridad, negando la participación recíproca que tuvieron estos dos personajes en el crimen de Berruecos. Algunos escritores mal informados y otros ganados y comprados a precio de oro han completado la obra de la confusión y del misterio. Sin la complicidad tóda solución es imposible y la verdad se pierde en el caos: admitida ésta, el cuadro se aclara e ilumina y la verdad resplandece con todo el brillo de la evidencia.

Los hombres justos e imparciales han emitido siempre esta opinión acusando á Flores y Obando como los verdaderos asesinos del Gran Mariscal. Nosotros hemos adoptado este camino en nuestro primer artículo y vamos á dar los nuevos fundamentos que tenemos para apoyar nuestro concepto. La proposición sencilla pero elocuente del Coronel Grueso nos servirá de texto para el desarrollo de nuestras ideas: "Tarqui es el principio del drama, Berruecos su desenlace".

El Coronel Grueso vivió largo tiempo en el Perú alejado de la política colombiana y de los disturbios que agravaron y dividieron la República en 1830. El testimonio de este jefe es irrefutable porque está fundado en los hechos que había presenciado y en los informes que había recibido de sus compañeros de armas tan militares

n pasados al lado de dependencia de comunas, Sáenz, es León, Hez, jefes honedientes, los personajes, y observaciones acontecían triste y vieron nadas las pasiones y crímenes y República.

es más valedores que binete bajo predomimienta imperio que fortuna, de los espíritus unas veces serviles y os historias.

ica para observar las dudas y vacilaciones de Flores, la incertidumbre y confusión que reinaba en el campamento por la incapacidad del General en Jefe? Cuál de ellos menciona los peligros que amenazaban al ejército por la dirección incierta y descabellada del General Flores? Mencha eterna, baldón sin nombre!

Si el General Sucre retarda unos días más su llegada á Cuenca, esas lejones valerosas que recorrieron de victoria en victoria la mitad del continente, habrían retrocedido á la vista de los invasores peruanos, que pocos años antes habían sido emancipados por el valor y sacrificio de nuestros soldados. Flores no alcanzaba á concebir otros medios de salvar el ejército que abandonar el rico y populoso departamento del Azuay y refugiarse en la provincia del Chimbacozo, esperando ahí la Providencia que debía sacarlo de los embarrados y dificultades en que se hallaba envuelto. Esa Providencia fué el General Sucre que tomó la dirección de la guerra y en treinta días de campaña

todo fué dicho y concluido. Una nueva victoria coronó las sienes de nuestros heróicos soldados y los restos del ejército invasor repasaron el Macará bajo los auspicios de un convenio noble y generoso que les otorgara el magnánimo vencedor.

Y todavía el farsante impávido e imprudente quiso apropiarse los honores de la victoria, mandando inscribir en todas partes y hasta en el menaje de su casa estas fementidas palabras: "Al ilustre General Juan José Flores vencedor en Tarqui." Esta inscripción circuló superabundantemente y sorprendió á muchos de los historiadores de aquel tiempo. De modo que él mismo fué el tejedor de las coronas que le adjudicaron los hombres crédulos y confiados.

II.

Desde Tarqui el General Flores buscaba una ocasión oportuna para librarse de su poderoso aunque involuntario rival.

Frustrada la tentativa del Coronel Luque en Cuenca esperó pacientemente una ocasión mas propicia para sus intentos. Esta se le presentó al pie de esa montaña que había servido de tumba á muchos guerreros ilustres del ejército libertador. La inocente víctima seguía su marcha llena de esa noble confianza que inspiran la buena conciencia y la satisfacción del deber cumplido. El General Sucre pasaba contemplando los desfiladeros de ese formidable Juanambú, que sirvió de baluarte á la Vendea Colombiana, madriguera de fanáticos rebeldes, como la Vendea Francesa, que estaban siempre prontos á morir por su Dios y por su Rey. De repente se oye una detonación y el Mariscal profiriendo esta sola palabra: "Ay balazo!" el genio se apagó en una caverna solitaria de los enemigos de la Independencia. Así murió el mas ilustre de los guerreros colombianos que había llegado á identificar su nombre con la gloria militar.

El libertador decía: Sucre es sinónimo de victoria, y en efecto su estrella lo acompañó hasta los últimos momentos de su vida. En Berruecos se sumpularon con Sucre la Libertad, la Independencia y el porvenir del Ecuador.

Pobres pueblos, desde entonces vienen entregados al más sangriento despotismo y á la borrascosa anarquía que los devora.

III.

Vamos ahora á analizar los hechos y á buscar en ellos las pruebas de la premisa que hemos establecido al principio de este artículo, á saber: la complicidad de Flores y Obando en este crimen nefando que cubrió de horror y de luto á la América Española.

En 1844 fuí trasladado á Lima á solicitud del General Flores, en compañía del señor Manuel Cárdenas, Secretario privado del General Obando. Esta circunstancia nos ligó de tal manera que en Lima tomamos el mismo alojamiento y vivimos en la mayor confianza y armonía. Al siguiente día de nuestra llegada se presentó el General Obando con unos apuntes que entregó al señor Cárdenas, y que debían servir de texto para el libro que publicó mas tarde en su defensa. Esta tarea curiosa e importante daba lugar á frecuentes discusiones sobre la cuestión que nos ocupaba. Estas discusiones nos dieron á conocer los sentimientos íntimos del General Obando respecto á los grandes guerreros de Colombia. Aborrecía al General Bolívar y al General Sucre, y no perdonaba

ninguna de sus debilidades. Guerrillero del ejército español en la guerra de la Independencia conservó hasta el fin de sus días las preocupaciones del Godismo contra los héroes de la Independencia. En 1828 detuvo al libertador al pie de Juanambú y salvó al ejército peruanos de una pérdida total. Esta venganza no fué contra el héroe sino contra la patria y sus funestas consecuencias se resienten hasta el dia.

Para dar pábulo á su odio contra el General Sucre, tomó á Flores como el instrumento mas adecuado por las pasiones que lo dominaban, la ambición y la envidia.

IV.

Un dia en todo el calor de la disputa dijo: "yo conocí á Flores en Pasto y descubrí sus instintos sanguinarios: asesinó á Merchancano Agualena, caudillo de los rebeldes, porque eran un estorbo para la pacificación de la provincia y el progreso de su carrera militar. Cebado en el crimen, ¿no asesinaría á Sucre que era un obstáculo verdadero para su grandecimiento personal y sus miras de un venturoso porvenir? Precipitó la separación de los departamentos del Sur por temor á Sucre; y como no era bastante para asegurar la posesión del patrimonio que se había formado atentó contra la vida de su rival." Se le dijo, entonces: "eso sería lógico y concluyente si el asesinato hubiera tenido efecto en el territorio dominado por el General Flores, pero en territorio extraño parece imposible." "No tanto como usted cree." Flores mandó sicarios á Pasto bien instruidos y alegacionados para el caso en cuestión.

Con qué objeto puso en libertad á Morillo, suspendiendo arbitrariamente el proceso que se le seguía y lo mandó á Pasto pocos días antes de la llegada del General Sucre á Popayán? Con qué objeto dejó Guerrero á sus asistentes ocultos en las inmediaciones de Pasto? Morillo era paisano de Flores, amigo de él, capaz de cualquier atentado en servicio de don Juan José. Pero se le observó que los sicarios de Flores no podían cometer el crimen sin el apoyo de un potentado que les prestara auxilio y protección; de otro modo hubieran sido descubiertos y castigados en el momento mismo en que se cometió el crimen.

La oscuridad y el misterio en que quedó envuelto el asesinato es una prueba manifiesta de que Morillo contaba con la cooperación de algunos hombres influyentes en la provincia destinada á servir de teatro al crimen.

V.

"Y cree usted que yo habría servido de instrumento á Flores el hombre más deshonesto, más falso e inconsciente? Qué iba á ganar yo en esta cuestión? Por el contrario los Granadinos teníamos que arreglarlo todo con la elevación de Flores, y el tiempo lo puso de manifiesto."

La discusión no podía ir mas adelante, el General se exaltaba y encollerizaba algunos momentos, y nosotros teníamos que guardarle los respetos y consideraciones que merece la desgracia. Pero nuestra convicción estaba formada de antemano, y el tiempo ha ido confirmado hasta el grado de poder opinar que Flores y Obando son los verdaderos autores del crimen de Berruecos: el uno por ambición, y el otro por esa antipatía arraigada contra los Jefes de la Independencia.

Si vemos la cuestión bajo el punto del interés no puede ser mas manifiesto el que tenía Flores en la muerte del Gran Mariscal. Su reputación y ascendiente ante el pueblo y su prestigio

en el ejército eran obstáculos para la elevación de Flores. El ejército en su mayor parte se componía de Venezolanos y Granadinos adictos á la unidad de Colombia y sobre todo ansiosos de regresar al seno de la querida patria después de una larga y dilatada ausencia. El General Sucre los había conducido á la victoria en Yaguachi, Riobamba, Pichincha, Tandil, Pasto, Ayacucho y Tarqui. El soldado no había conocido el nombre de Flores hasta la malhadada era de la dictadura; y esta no dió gloria, sino crimen y oprobio.

VI.

La revolución de Urdaneta y las demás que la siguieron encabezadas unas veces por Jefes y otras por sargentos, prueba que el ejército no estaba ligado ni á la persona de Flores ni al Estado creado por él.

Si Sucre hubiese llegado á Quito, habría sido aclamado por el pueblo y el ejército, y Flores hubiera perdido el fruto de sus traiciones y crímenes, y el único medio de asegurar, como decía Obando, la posesión de los departamentos que estaban en su poder, era la mano de Morillo; nosotros agregamos, y la cooperación del potentado que mandaba en Pasto. Desgraciado Ecuador! la Providencia había condenado á este pueblo á cincuenta años de desmoralización, postración y ruina bajo la influencia deletérea del héroe postizo de Tarqui y Saraguro.

VII.

La escuela sigue y seguirá hasta que el pueblo haya sacudido el yugo de las gerarquías que lo mantienen en la ignorancia y servidumbre; hasta que el espíritu de libertad e independencia haya penetrado en las masas populares y difundido el amor al bien, al orden y á la justicia; hasta que la opinión pública esa soberana de los tiempos modernos, no tenga la fuerza necesaria para frenar la ambición de los fuertes y castigar severamente á los usurpadores.

VIII.

No concluiremos este artículo sin dar una prueba más de la complicidad de Flores y Obando en este espantoso asesinato. El desgraciado Morillo, dijo al pie del patíbulo las palabras que siguen: "Cbando y otro designado por la opinión pública son los responsables de este crimen" ¡Quién era el otro designado por la opinión pública? El General Flores cuyo nombre resonó de un extremo al otro de Colombia en el momento mismo en que el ruido estrepitoso del asesinato circuló por todos los pueblos.

Morillo solicitó en esos críticos instantes una entrevista del señor Espinel, Encargado de Negocios cerca del gobierno de Nueva Granada. El señor Espinel se negó á prestar audiencia al reo en los momentos en que iba á presentar su pecho á los ejecutores de la justicia. Jamás hemos podido saber por qué se negó á ese acto de humanidad y de política, en que estaba altamente interesado el honor de Colombia y de sus Magistrados. Quería quejarse del abandono en que Flores lo había dejado, después de haberlo inducido al crimen? Es probable; pero su alocución fué bastante explícita y la citamos como prueba irrecusable de la complicidad de Flores.

Lo que digan y afirmen los hijos de Flores y sus secuaces no borrará jamás lo que está en la mente de todo hombre justo e ilustrado. Y á ellos apelamos para satisfacer la vindicta pública y la memoria de la ilustre víctima que lamentamos.

Valparaíso, 25 de Marzo de 1884.

P. M.